

fué quizá porque éra desconocida, y que en el órden civil no podia hacer ni bien ni mal á la Europa.

## ARTICULO IV.

*Estado de las ciencias y de las letras en Oriente y Occidente en el siglo undécimo.*

Todos los siglos de ignorancia son muy parecidos unos á otros, porque la obscuridad que los cubre no es capaz de ningun matiz. Sin embargo, hay entre ellos diferencias muy verdaderas, aunque poco visibles, por la grande dificultad de conocer y fixar las líneas que separan los diferentes grados de barbarie. Míranse en general y con poca distincion estas diferencias, siguiendo de una edad á otra el paso del entendimiento humano; pero á mas de que se necesita gran tiento para no confundir unos objetos tan semejantes unos á otros, y que se tocan de tan cerca, sería menester tambien una sagacidad, que niega la naturaleza á los mas de los hombres, para discernir en medio de la misma obscuridad aquél mas y ménos, que distingue un siglo de otro, y que en un mismo siglo sirve de tránsito de una parte de tiempo á la que le precede, y á la que sigue.

Es cierto, como ya lo hemos dicho, que el siglo X. fué la época de la mas profunda ignorancia, y de la esterilidad mas general para las ciencias, las letras, y la razon. La mitad del XI., desde el año de 1001, hasta el de 1050, poco mas ó ménos, no fué ni ménos tenebrosa, ni ménos ingrata; porque subsistiendo las mismas causas, habian de resultar de ellas los mismos efectos. En la otra mitad, excitado el entendimiento humano por unos acontecimientos imprevistos, y unas revoluciones que lo sacaron de su entorpecimiento, recibió nuevo impulso, é hizo esfuerzos extraordinarios para adquirir la luz, cuyo resplandor comenzaba á brillar. No se debe perder de vista esta division de dos partes distintas de un mismo siglo; si se quiere encontrar la verdad en las reflexiones que se van á leer; sin lo qual no se podria formar una idea exácta de los varios estados del entendimiento humano respectó de las artes y literatura en unos tiempos tan inmediatos, y marcados sin embargo con señales tan opuestas.

Las ciencias y letras cultivadas á tiempos en el imperio de Constantinopla se levantaron poco del infeliz estado en que las hemos visto en el siglo antecedente. Constantino Monomaco las protegió, y en tiempo de este príncipe el famoso Pselo, que llegó á la dignidad de senador, y á quien el emperador Constantino dió por maestro á su hijo Miguel Parapinacio, revivió con su exemplo el gusto de los estudios. La gramática, la filosofia, y aun la poesía, la eloqüencia y la historia servian para ocupar el tiempo los literatos. Si el emperador griego no hubiese sido continuamente agitado con guerras y revoluciones, quizá se hubie-ra hecho mas durable el reynado de las artes baxo algunos soberanos que las acogieron y las recompensaron. Varios literatos que no carecian de mérito, como Juan Scilitzés, Leon el Gramático, Jorge Cedrén y Xifilino, enriquecieron la lengua griega con muchos trozos de historia, que no sirven todavia para formar la cadena de los acontecimientos, cuyos eslabones, á pesar de todos estos socorros, tienen aun tanto trabajo para enlazarse y unirse. Pero nadie dió tanto lustre á las letras en el imperio de los griegos, como Ana Comneno, hija del emperador Alexo. Hízola sentar cerca del trono, y su exemplo debió necesariamente de tener imitadores entre los cortesanos y los que aspiraban á las gracias que se podian conseguir por su mediacion. Ella escribió la vida de su padre, y las circunstancias de los hechos que se refieren á este reynado fecundo en sucesos extraordinarios, su estilo es florido, agudo, agradable, y su modo de contar, cargado á veces de pesadez, interesa casi siempre por el ayre y modo delicado que le da, y por las reflexiones ingeniosas que mezcla con mucho arte y agudeza.

Sin embargo, estas ráfagas de luz que salian de quando en quando, se eclipsaban muy pronto; y no obstante lo poco que brillaban, el estado habitual de los entendimientos era como en las edades antecedentes un estado de indiferencia y de languidez, tanto respectó de las ciencias sublimes, como de las artes agradables. La nobleza jóven, disipada y frívola se ocupaba en fiestas, adornos y diversiones: los cortesanos, entregados á los enredos y á los artificios, ponian toda su atencion en observar las variaciones continuas de la atmósfera inconstante que los rodeaba. Los sugetos empleados, guiados de la ambicion, no usa-

ban de otros medios para ensalzarse ó mantenerse, que el favor y el artificio, y no necesitando de mérito ni de ciencia, no se cuidaban de adquirirlo. El clero abatido y orgulloso á un mismo tiempo, no veía cosa ninguna que mereciera emplear su talento y su pluma fuera de las disputas eclesiásticas, y de los puntos de discusión que se controvertían con tanto empeño entre los patriarcas de Constantinopla, y los pontífices romanos. Por último, envilecido el pueblo, atormentado, véxado por sus señores y por sus ministros, víctima sucesivamente del bando que triunfaba, y del que casi ocupaba al instante su lugar, no era ni tan feliz, ni tan libre, que se interesase en los adelantamientos de las letras, que componen parte de la gloria nacional.

¿Quién había de creer que las ciencias, abandonadas en el centro de una corte culta y voluptuosa, como lo era todavía la de los emperadores griegos, y casi aniquiladas en lo restante del imperio, se habían de haber refugiado entre los turcos? Estos pueblos que apenas comenzaban á darse á conocer en el mundo, que parecían estar enteramente ocupados en conquistas y establecimientos, y que los pintamos nosotros, con especialidad en estos primeros tiempos, baxo la apariencia de barbarie y de ferocidad, amaron las artes, y las atraxeron á sí. Sus príncipes, que tan rápidamente sujetaron la Persia, la Siria, la Palestina, una parte del Egipto y del Asia menor, protegieron á los sabios, tuvieron gusto de conversar con ellos, y los establecieron en sus cortes por medio de la estimación y de los beneficios; y así había astrónomos, filósofos, médicos y poetas. Abrieron escuelas, y fundaron academias. Las ciencias y la filosofía de los árabes sojuzgados eran las que habían adoptado, poco mas ó menos como en otro tiempo Roma, grosera é ignorante, había connaturalizado consigo las artes de la Grecia despues de haberla sujetado.

Luego que estos nuevos conquistadores llevaron sus armas victoriosas á las orillas del Ganges, del Indo, y hasta el Indostán; los triunfos que consiguieron en estos climas distantes produxeron una comunicación de luces entre los sabios árabes y los filósofos indios. La religion mahometana que profesaban, y que abrazó una parte de la India y fué nuevo vínculo entre los literatos de ambas naciones. Este comercio, esta union de conocimientos no podia ménos de ceder en beneficio de las ciencias que uno

y otro pueblo cultivaban, y á las quales había dado cada uno de ellos el distintivo de su genio.

La filosofía se perfeccionó, pues, en el centro de Oriente por medio de esta feliz mezcla. Ya no se contentaron con traducir y comentar los filósofos antiguos, sino que se examinaron sus opiniones, se pusieron en el crisol de la analisis, se averiguaron con separacion sus principios, se combinaron baxo de nuevas relaciones y formas, y se compusieron sistemas regulares, cuyas partes todas se enlazaron entre sí, y presentaron al entendimiento un conjunto, un cuerpo de doctrina mas metódico y mas convincente. De este modo se iba ilustrando el Oriente mas y mas: las ciencias filosóficas, y sobre todo la moral, aspiraban á perfeccionarse por medio de la emulacion y del estudio, entre tanto que los habitantes de la antigua patria de las artes perdian insensiblemente el gusto de las letras con el deseo de ganar nombre con los trabajos del entendimiento.

En todo el Occidente fueron, como ya hemos dicho, los 50 primeros años de este siglo un tiempo de tinieblas (a), habiendo sobrado motivo para temer que esta noche, ya tan obscura, llegase á serlo todavía mas.

Los establecimientos literarios que se habían conservado en el centro de algún retiro iban á ménos cada dia, y no presentaban mas que tristes reliquias de su antiguo esplendor. Los libros eran raros y tan caros, que se necesitaba ser muy rico para adquirir algunos: el arte de trasladar, tan abandonado como los otros, no tenia otro objeto que copiar biblias, misales, antifonarios, y los demas libros necesarios para el culto esencial de la religion. A pesar de las diligencias de algunos obispos y abades ménos apartados de la obligacion de su estado que la mayor parte de los otros, y ménos indiferentes en las cosas espirituales, apenas bastaban todos los copiantes juntos, ó por su corto número, ó por su poca habilidad, para abastecer á cada iglesia de los libros litúrgicos necesarios. Muchas tambien carecian de ellos absolutamente ó los tenían defectuosos; de suerte, que por falta de tenerlos para todos tiem-

(a) En España estuvieron adelantadas las ciencias entre judíos y árabes desde los principios de este siglo. Véase el prólogo de la biblioteca de Castro, y los escritores rabinos de este siglo XI.

pos y para todos fines, se dexaban de celebrar en ellas el oficio divino y las otras ceremonias eclesiásticas.

En una escasez tan grande de aquello que una necesidad continua hacia indispensable, no es de admirar que las obras de los antiguos fuesen casi desconocidas al corto número de gentes estudiosas que quedaban todavía; sin que baxo el nombre de obras de los antiguos queramos aquí dar á entender las preciosas producciones de la literatura griega y latina, que fueron las delicias del mundo erudito en los reynados memorables de Alexandro y de Augusto. Solamente entendemos los escritos de los padres sobre el dogma y la moral, de los que era difícil hallar algunos exemplares esparcidos, sin orden, imperfectos, tanto en punto de correccion como de crítica, y que no formaban cuerpo completo. No se pensaba en reproducirlos, porque á fuerza de perderlos de vista se habia cesado de conocer su mérito; y así los Basilio, los Crisóstomos, los Ambrosios rara vez se citaban en las escuelas ni en los púlpitos, y mucho ménos se imitaban que se leían. Ni sus conceptos, ni su estilo, ni su tono de eloqüencia tan justamente estimados en los siglos instruidos eran análogos con las ideas, con los modos de hablar, con el giro del entendimiento que reynaron en todo este espacio de tiempo. Lo que se escribia era mucho mas insufrible todavía que lo mas malo y mas contrario al buen gusto que hasta entónces se habia escrito. Las reglas de la gramática, lo primoroso del language, la propiedad de las voces, los principios del raciocinio, todo lo esencial á la retórica y necesario para comunicar á los otros pensamientos por medio de la palabra, era desconocido hasta no hallarse de todo esto el menor vestigio en los mas de los escritos que salieron á luz en esta primera mitad del siglo XI.

Sin embargo, hubo todavía escuelas episcopales y monásticas, en donde en el seno de la misma obscuridad se conservaron algunas ligeras chispas de aquel fuego que en otro tiempo habia dado tanto resplandor en las Galias. Hácia el año 1050 esta preciosa semilla empezó á revivir, y su produccion alumbró y acaloró algunos ánimos de temple mas fuerte, que luchando contra los defectos de su siglo, fueron á un tiempo adorno de la literatura, y oráculos de la Iglesia. En esta época es en la que aparecieron el cardenal Humberto, Pedro Damiano, Lanfranco, Yves

de Chartres, san Anselmo y algunos otros, que aunque de clase inferior y de menores talentos, han dado lustre á las letras y á la religion.

Algunos príncipes conocieron el precio de los talentos, y se impusieron la obligacion de animarlos con sus beneficios, y aun con su exemplo. Sabido es cuánto amaba las ciencias, y honraba los sabios el rey Roberto, discípulo del célebre Gerberto. Conócesele asimismo por el gusto singular que tuvo por toda especie de literatura; pero mas particularmente por la poesía, que cultivó como la diversion mas propia para recrearlo de las penosas obligaciones del trono. Guillermo el Conquistador no era tan negado que no conociese cuánto contribuyen las artes y las letras á la gloria de las naciones. Habia concedido su favor, no siendo aun mas que duque de Normandía, á los establecimientos literarios; habíalos sacado de sus ruinas, ó enriquecido con sus dádivas; y excitado la emulacion, haciéndose fértil esta provincia en sujetos laboriosos y doctos por la proteccion con que los honraba. Dueño del trono de Inglaterra, una de sus primeras atenciones fué excitar en el ánimo de sus nuevos vasallos aquella inclinacion al estudio y á las letras, aquel deseo de adquirir conocimientos, y de distinguirse por los talentos, que en otro tiempo los habian hecho tan célebres. Por su vigilancia, que todo lo vivificaba, y baxo la direccion de los sabios que de todas partes de Francia llamaba á su isla, se vieron en ella volver á florecer en breve tiempo aquellas escuelas de donde se habia comunicado la luz á lo restante de la Europa, y que si se habian debilitado era por falta de proteccion.

Entre los príncipes amantes y protectores de las letras se puede contar tambien á Guillermo IV., duque de Aquitania, y conde de Poitiers, que habia ido juntando una biblioteca selecta y numerosa, y que se complacia en comunicar á los sabios los monumentos preciosos que habia recogido en ella; otro Guillermo, nono de este nombre, que vivia á fines de este siglo, poeta famoso en su tiempo, y uno de los que contribuyeron mas al progreso de la lengua romance; y á su exemplo muchos de aquellos soberanos pequeños que tenian una corte de ministros, de una representacion llena de magnificencia, que obscurecia muchas veces la brillantez del trono. Su proteccion se

declaraba regularmente en favor de los poetas y de los ingenios, porque el tener á su lado algunos de los cantores ingeniosos del heroismo y de la hermosura, era una parte de su grandeza. Los caballeros, las damas, y todos los que se picaban de tener política é ingenio, hacian el mismo aprecio de los poetas y romanceros. Los mas de los señores que adquirieron tan grande crédito de valientes en la Siria y en la Palestina, eran amigos de las letras, porque habiendo ocupado en ellas su juventud, y no habiéndolas borrado la profesion de las armas, la inclinacion al estudio y la estimacion de los talentos las establecieron en los estados que con su valor fundaron en Asia.

La parte mas lucida y mas curiosa de la literatura francesa en los tiempos que recorremos, era la poesía y los romances que los trovadores y cancioneros habian puesto en auge.

La lengua vulgar era su idioma. Esta lengua, que tomó el nombre de romana ó de romance, porque se derivaba particularmente de la que los romanos habian hablado, era todavía agreste, dura y arbitraria en sus elementos y en sus formas, como sin duda lo han sido todas las demas en su origen sin exceptuar la de los griegos, la mas armoniosa y mas perfecta de quantas los hombres han usado jamas. Pero en este primer estado, á pesar de su rudeza y de su incorreccion, tenia una libertad, una energía, ciertas gracias, y sobre todo, una sencillez que la hacia muy á propósito para expresar los afectos verdaderos, naturales, llenos de franqueza y de noble simplicidad, que caracterizaban á nuestros mayores. Sin embargo de la dificultad que se encuentra el dia de hoy para leer estos antiguos monumentos de literatura francesa, da gusto ver cómo unos hombres, inspirados solo por la naturaleza, sin arte y sin reglas, sabian pintar con el mas vivo interes lo que á nosotros nos cuesta trabajo dibuxar ligeramente en nuestra lengua regular y culta. Los amores y las hazañas de los piadosos caballeros eran el asunto ordinario de estas agradables funciones; y el fin moral que se proponian en ellas (porque la moral tenia tambien mucha parte) era inspirar el heroismo, y señalar las máximas de honor que formaban, si se puede decir así, el código de la caballería.

Estudios mas graves, y de utilidad mas extensa ocu-

paban á los entendimientos mas sólidos. Casi todos los verdaderos literatos á quienes se les daba el nombre de prudentes y de grandes clérigos, ó monges dedicados al retiro, ó prelados encargados del gobierno de una diócesis, ó eclesiásticos de grado inferior, que cuidaban de una porcion del rebaño, baxo la autoridad de los primeros pastores. Estos hombres, ligados por su estado al servicio de la Iglesia, y á la enseñanza de las verdades eternas, dirigian sus estudios como debian á la religion y las costumbres. Es verdad que no se podia proponer término mas ventajoso, ni dar fin mas laudable á sus trabajos; pero para poner en orden sus ideas, para manifestarlas con método, para seguir su naturaleza, é indicar sus relaciones, se inventaron fórmulas que se ajustaban á todo, y se las pasó de la escuela de los filósofos á la misma teología, á las cátedras evangélicas, desde donde se distribuía á los pueblos la divina palabra. De aquí resultó que la teología se hiciese contenciosa, llena de sutilezas, de disputas y quisquillas, deteniéndose en cuestiones pueriles, despreciando el fondo de la doctrina, y trocando los nombres por las cosas; y que la predicacion, que debe siempre proporcionarse á la inteligencia del pueblo, puesto que está destinada para instruirlo, fuese seca, árida, contenciosa, sin instruccion, sin substancia, poco á propósito, en una palabra, para ilustrar los entendimientos, y alimentar los corazones. Todas las demas facultades, como la jurisprudencia canónica y civil, la metafísica, la moral, la medicina, la poesía, y aun la historia, participaron de este defecto, segun la mayor ó menor conexión que podian tener con esta dialéctica falsa y sofística que se veía en los escritos de Aristóteles, y en los comentarios de los árabes, que los habian dado á conocer en Occidente. Todas las especies se alteraron, pues, y confundieron con esta mezcla; de suerte, que la dialéctica, que en su institucion no es otra cosa que el arte de raciocinar con exactitud, y de buscar la verdad por medios seguros, llegó á ser, por el abuso que se hizo de ella, una guia engañosa, que casi siempre llevó á dos términos opuestos al que se debía buscar.

En lo demas se siguió en las escuelas en el siglo undécimo (como lo observa el abate Pluquet, diccion. de las Heregias, disc. prelim. pág. 235) el método de Alcuino, conocido con el nombre de *Trivium* y de *Quadrivium*.

Enseñábase la gramática, la lógica y la dialéctica, esto era el *Trivium*; se estudiaba despues la aritmética, la geometría, la astronomía y la música, esto era el *Quadrivium*; y este conjunto bastante extravagante de conocimientos mas sutiles que profundos, era lo que se llamaba las siete artes liberales.

En los siglos que habian precedido no se conocian mas que dos especies de teología, ó por mejor decir, dos métodos de tratar esta ciencia; el uno, que era el de los primeros padres, consistia en tomar inmediatamente de la escritura y de la tradicion las pruebas y explicacion de varios puntos de religion que se querian defender ó enseñar; y el otro, que habian seguido los escritores eclesiásticos desde el siglo VIII., consistia en juntar cadenas de pasajes recogidos y copiados en las obras de los padres, de que se formaba como una cadena, que testificaba de la doctrina enseñada por los testigos de la tradicion, y por decirlo así, del camino seguido de la verdad. De esto se hacia uso para establecer con el voto unánime de los santos doctores los dogmas que se querian probar.

A mitad de este siglo XI., ó poco despues, la filosofia de Aristóteles aplicada á las materias teológicas hizo inventar nuevo método. Este fué tratar la doctrina de la escritura y de los padres usando del racionio, y sujetar absolutamente todo lo que se habia sacado de estas dos fuentes á las reglas del arte silogístico: método desconocido á toda la antigüedad christiana, y que no tardó en causar los mayores males por el abuso que de él se hizo poco tiempo despues de su nacimiento. A este nuevo y perjudicial método es al que se ha dado el nombre de teología escolástica. Los primeros escritores que lo adoptaron fueron el Beato Lanfranco y san Anselmo su discípulo; por cuya causa se les miraba á uno y á otro como á padres de la escolástica; verdad es, que se guardaron muy bien de incurrir en los defectos que con tanta razon se han reprehendido á los que han venido despues. Prudentes y mirados en el uso del racionio, no se valieron de él mas que para dar mayor orden y claridad al examen de los principios. Al modo de los antiguos, sacaban sus pruebas de la escritura y de la tradicion; y si la dialéctica tenia algun oficio, era para hacer mas puntuales y palpables las consecuencias que sacaban de los textos que servian de basa á sus argu-

mentos. Por otra parte, en lugar de aquel estilo seco, descarnado y bárbaro, que fué en adelante el de todos los escolásticos, se valieron los dos santos doctores de que hablamos de un modo de escribir tan agradable como sólido. Tienen pensamientos ingeniosos, expresiones nobles, frases delicadas, y aun á veces número y armonía.

No podemos dar á conocer mejor el estado de los estudios en general, y de la teología en particular á fines de este siglo, que concluyendo este artículo con un extracto del erudito y juicioso escritor que ya hemos citado el abate Pluquet. "El arte de racionar, dice él, no es mas que el arte de comparar las cosas desconocidas con las conocidas, para descubrir por este medio las que se ignoran, y que se quieren descubrir. Aristóteles habia observado que en los diferentes modos de comparar los objetos que conocemos, hay muchos que no pueden conducir á este fin, y que las inducciones que se saquen de ellos son falsas. Reduxo, pues, á ciertas clases todos los modos de comparar nuestras ideas, y dió reglas para distinguir las que conducen á consecuencias verdaderas. Estas clases, reglas y aplicacion que se hace de ellas á varios objetos que concebimos y que juzgamos, formaron lo que se llamó el arte del silogismo ó del racionio. A esta primera invencion añadió la de las categorías, que son otras clases de ideas generales y abstractas, baxo las cuales reduxo los atributos, propiedades y qualidades que caben en qualquier ente: por manera, que para racionar lógicamente sobre un objeto, y conocer su esencia, sus conexiones, sus diferencias, el procedimiento que prescribia, era preciso ver por el arte del silogismo á qual de estas clases generales se referia este objeto. Luego que los árabes dieron á conocer este arte, y lo adoptaron los teólogos, no se conoció ya otro método, sin atender á que estas generalidades, estas precisiones ideales no eran en realidad mas que unas meras voces, origen perpetuo de equívocos, de sutilezas, y por consiguiente de disputas vanas y frívolas que no correspondian á la gravedad de los doctores christianos, ni á la augusta sencillez de los misterios. El deseo de parecer sutil y agudo, la vanidad de poner en aprieto, ó de confundir al contrario, fueron los que hicieron admitir con ansia este nuevo arte: estudiáronse generalmente con un

anhelo increíble las sutilezas y equívocos; se aplicaron á todos los dogmas, á todas las verdades de la teología; y por último, las escuelas christianas destinadas para el estudio de religion, se hicieron una especie de palestras, á las que no se baxaba mas que con el fin de señalarse por el ingenio, de obscurecer las cosas mas claras, y de apoyar las mas falsas baxo de apariencia de verdad."

De todo lo que se acaba de leer se puede inferir que en este siglo se agitó mucho el entendimiento humano, sin que la razon hiciese grandes progresos; que los literatos, los filósofos y los teólogos tuvieron sutileza sin ideas profundas, resplandor sin luz durable, esfuerzo y emulacion sin extender la esfera de la instruccion, y que con mucho trabajo lograron muy poco adelantamiento, porque casi todos se engañaron en la eleccion de los medios, que era preciso emplear en el rumbo que convenia tomar, y aun en la naturaleza de las ciencias, que fueron el objeto de sus desvelos.

## ARTICULO V.

*Estado del christianismo en todas las regiones del mundo.*

El christianismo se halló poco mas ó ménos en este siglo, gobernando los emperadores griegos, en el mismo estado en que lo hemos visto en el siglo antecedente. La Iglesia estuvo expuesta á las mismas mudanzas que el imperio: próspera y triunfante quando las armas de los príncipes christianos reducian baxo sus leyes provincias y ciudades de que se habian apoderado los sarracenos: affligida y humillada quando los exércitos mahometanos empezaban de nuevo sus desolaciones, y volvian á entrar en posesion de sus antiguas conquistas, ó añadian á ellas otras nuevas. Por esto, en las comarcas expuestas á los acasos de la guerra, y á la suerte diaria de las armas, dependia la situacion de los obispos, del clero, de los monasterios y de los fieles de la victoria que ya los príncipes christianos, ya los musulmanes alcanzaban. Esta alternativa de prosperidad y de abatimiento duró hasta cerca del fin de este siglo. Entónces las guerras sagradas, por cuya causa pasaron al Asia la mayor parte de los valientes de la Eu-

ropa, dieron motivo á nuevo órden en las cosas, y mudaron enteramente el semblante de los negocios, tanto respecto de la religion, como de la política; pero esto será asunto para un artículo separado.

Hasta entónces se vió la iglesia griega gobernada por el mismo plan, y animada del mismo espíritu que en el tiempo pasado. Asimismo reynaban muy poco las buenas costumbres y la sólida piedad, tanto entre los grandes, como entre el pueblo, sobre todo en la capital; pero al mismo tiempo tenia el exterior de la religion, así como ántes, mas esplendor y pompa que en ningun parage del mundo. Las ceremonias públicas se celebraban con un aparato y magnificencia que no tenían en otra parte; eran verdaderos espectáculos. Los emperadores no podian hacer cosa mas agradable al pueblo que emplear parte de sus rentas en fiestas religiosas, en procesiones solemnes, en arcos triunfales á honra de los santos, cuyas reliquias se llevaban en ellas. El mismo pueblo parece que se olvidaba de su miseria y del peso de los impuestos públicos con que se le oprimia quando veia á los ministros, á los señores, y aun á los soberanos hacer ostentacion en estas piadosas funciones de las riquezas que se le usurpaban con tantas cargas y derechos multiplicados. Estas procesiones en que se veia brillar todo quanto luxo y las artes podian inventar mas á propósito para suspender la atencion, no tenían por lo regular otro motivo que el de divertir la corte y el pueblo. Habíalas establecidas en ciertos dias y en ciertas festividades que se repetian todos los años con la solemnidad que correspondia. Otras, por último, tenían por motivo de las calamidades públicas, como peste, sequedad y terremotos. Estas últimas, aunque con aparato ménos pomposo, no dexaban de tener tambien su magnificencia. Una hubo de esta especie en el reynado de Miguel Patagonio. Sacóse en ella la imagen milagrosa de Edesa, de que ya hemos hablado, la carta que se decia escrita por Jesu-christo al rey Abgaro, y las mantillas sagradas del Salvador: los hermanos del emperador llevaban estos objetos de la veneracion pública.

El clero envilecido por el despotismo, estaba en una dependencia servil respecto de la corte. Los emperadores levantados casi todos del polvo de la tierra, y colocados en el trono por un capricho de la fortuna, exercian una